

MARIANA VINENT CARDONA



ADA  
Y CUATRO RELATOS MÁS

ensayo



## RELATO NOVELADO

Sentada en una banqueta forrada de terciopelo, cuyas patas aparentaban asirse en el suelo simulando las garras de un felino, una niña de ojos claros y tenue tez, los cabellos castaños, ensortijados, cayendo sobre su espalda, está leyendo un manuscrito en voz alta.

Delante de ella, al otro lado de la mesa, un anciano de pelo canoso escucha atentamente.

La palabra de la muchacha es suave y bien timbrada, y en su lectura, respeta la entonación y las pausas. Por un momento, una de ellas se hace un poco más larga.

Ha interrumpido la exposición y deposita el libro sobre la mesa, como si ya hubiera acabado. Se levanta, acercándose a la ventana.

Es casi mediodía, y por entre los cortinajes medio descorridos, se filtra la luz otoñal. Desde su punto de mira se divisa el cauce de un río lleno a rebosar (no en vano las lluvias han hecho hace unos días su aparición), viñedos, y más allá, unas colinas.

—¡Decidme! —inquire la niña—. ¿Qué hay más allá del río, después de las montañas?

El anciano, que no se ha inmutado por la forma un tanto brusca de dar por concluida o aplazada la lectura, pacientemente responde:

—Más tierras, más viñedos, otros ríos, otras montañas, llanuras... Pero ya veo que estáis algo cansada, y vuestra atención, y también el pensamiento, andan volando a lo lejos. Guardad los instrumentos de escritura y lectura y dejémoslo para mañana. Pronto será mediodía, la hora del rezo.

Más que una orden o mandato es un consejo o sugerencia suavemente deslizada, pero no exento de autoridad.

—Está bien —responde la muchacha—, aunque no me siento cansada; no os marchéis todavía, charlemos un rato. Llevo pocos días en este lugar y me parece como si fuesen años. Cuando me comunicaron que mi padre había muerto, me dijeron que iba a reunirme con mi hermano, pero aún no lo he visto; apenas sé quién soy y qué hago aquí. Si vos quisierais...

—Paciencia, vayamos despacio. De momento, mi misión es la de enseñaros a leer y a escribir; lo demás vendrá, no sé cuándo, por sí solo. Mientras tanto, id con vuestra aya.

La niña se llama Ada, es despierta y vivaz, tiene interés por aprender, por saber, y avanza rápidamente por la senda del estudio. El preceptor y su mujer, el aya, velan por ello. Forman un matrimonio de origen

romano al que la providencia no colmó con hijos propios. Hoy, cumplidos ya los cincuenta años, se sienten felices de colaborar en la formación de la niña.

Tréveris, la Augusta Treviorum de los romanos, es una hermosa ciudad que fue llamada en su día «la Roma del norte». Situada en la orilla derecha del Mosela, en el mismo lugar del santuario germano-celta de los tréveros, tiene en su haber el palacio imperial en el que residieron Constancio Cloro y Constantino el Grande. En este momento este núcleo pertenece a Reims, ciudad del reino franco de Austrasia.

Es día de mercado. En la plaza hay puestos de frutas, verduras, hortalizas, miel, quesos, vinos, trigo... También se venden animales: ovejas, cerdos, bueyes, vacas, caballos, gallinas, huevos... Entre las gentes que acuden a ver, o a comprar, suelen mezclarse mendigos, saltimbanquis, buhoneros...

El aya está a punto de salir con una esclava. Ada suplica que la dejen acompañarlas. Por fin la mujer cede a sus demandas. Está contenta y no para de hablar.

—Me gusta —dice— ver las frutas amontonadas, las verduras en sus cestos, las vasijas y ánforas de miel, de vino... En Metz solía ir al mercado con mi otra aya. Una vez me escapé, y deambulé unas horas sola por la ciudad. Además, ya soy mayor; tengo, creo, doce años.

—Por esto mismo —contesta la esclava—, porque sois mayor, debéis guardaros. Hay soldados y ladrones, y un mercado no es sitio para vos, una dama.

De camino divisan la Porta Nigra, los baños, el anfiteatro, la basílica... un pasado esplendor, ahora un tanto decadente. Más adelante observan movimientos de tropas de a pie y a caballo. Son mercenarios a sueldo. Pertenecen a la guardia del rey Carlomán, señor de Alsacia, Lorena, parte de Campaña, Tréveris, Toulouse, al que tocó en el reparto Spira, Worms, Maguncia, Colonia, Ratisbona, Países Bajos, Frisia, a quien escoltan y acompañan. La gente saluda a su paso.

—¿Quiénes son? —pregunta Ada.

—El estandarte es de Carlomán, nuestro señor; pero el que va al frente es su hermano Carlomagno, ambos hijos de Pipino, que llamábamos El Breve, por su bajita estatura.

Ada no consigue verlos.

—Niña, no seas tan curiosa. ¿Qué interés han de poseer para ti estas cosas de la guerra?

(Nos hallamos en el año 771. Poco tiempo después se recibiría la noticia de la muerte de Carlomán).

Los saltimbanquis y los bufones reclaman su atención. Se mezclan entre los siervos y los esclavos, los agricultores y ganaderos. Ha sido, oye decir, un año de buena cosecha. Se han introducido nuevas técnicas agrícolas, colonizado bosques y pantanos, y se

han replantado las tierras calcinadas por tantas guerras y atropellos.

Un clérigo, que ha reunido a un grupo de curiosos a su alrededor, clama justicia, piedad y compasión para los niños maltratados y abandonados.

Cuando han llenado sus cestas, la esclava, el aya y Ada vuelven sobre sus pasos y se dirigen de nuevo a casa. Se trata de una edificación noble y señera, casi un palacio; de hecho, fue en su día un pequeño palacio con resto de fortificación, pero que no posee caballerizas ni establos, ya que, si los tuvo, debieron ser destruidos o derribados. Con la caída del Imperio Romano de Occidente, en las viejas ciudades, la población reducida y diezmada, sobrevive entre los asolados monumentos de un pasado glorioso.

Ada se siente privilegiada. Cuatro esclavas, dos libertos, el aya y el preceptor habitan junto a ella en un edificio en el que, por sus proporciones, podría dar cabida a otros tantos, sin contar la zona ruinoso; y aún, quedar holgados.

Han transcurrido seis años. Después de la muerte de Carlomán II, Carlos, sin tener en consideración a los hijos de este, niños todavía de cuna, se anexiona los territorios de su hermano, unificando la casi totalidad de las tierras de la Galia, la ahora denominada Francia

(o sea, tierra de los francos). Su viuda, la franca Gerberge, huye a Pavía en busca de protección en las tierras lombardas. Poco después, Carlos repudia a su mujer, a la que llamaremos Desiré, hija del rey lombardo Desiderio, que marcha también a reunirse con su padre; Gisela, la hermana de Carlos que estaba casada con otro de los hijos de Desiderio, se recluye en un convento. Son tiempos de agitación al sur de los Alpes. Desiderio se apoderó de territorios que estaban en manos del Papado, según una donación de Pipino el Breve.

En los días de agosto del año 778 se habla por doquier, aunque solo por lo bajo, de la derrota de Carlos en Roncesvalles. Más que una derrota, es considerada una traición. Han muerto su senescal y el conde de la marca de Bretaña, Roldán. Sus huestes habían acudido a la llamada del jeque árabe de Zaragoza y, al encontrar las puertas de la ciudad cerradas, volviendo sobre sus pasos, fueron cogidas desprevenidas por montañeses vascos. Las noticias llegan a intervalos. Hay que reforzar la marca del sur, o sea, la frontera sur, afianzar la Marca Hispánica.

En el año 711, Hispania había sido invadida. Alsama, dependiente de Damasco, fue detenido por Eudes, duque de Aquitania, más allá de los Pirineos. Ambasa se apoderó de Carcasona y Nimes. Los musulmanes querían llegar hasta la abadía de Tours. Eudes pidió ayuda a Carlos Martel. En Poitiers, en

jefe árabe fue derrotado. Pero las incursiones árabes seguían produciéndose, por lo que se había creado la Marca Hispánica, más allá de los Pirineos.

Ada cumple años, y la misión de sus preceptores está llegando a su fin. Se ha convertido en una joven esbelta, espigada, de rostro sereno, ademanes pausados y mirada vivaz. Los cabellos del preceptor ya son totalmente blancos. Se siente feliz y así se lo hace saber, pues ha visto recompensados sus esfuerzos. Posee habilidad en la lectura, escritura y el dibujo, y ha demostrado interés y ser despierta y espabilada.

—Sí —dice Ada—; he aprendido a escribir, he leído pasajes de Virgilio, Horacio, Ovidio, Homero... he recibido las enseñanzas de la Iglesia, nuestra madre, mediante los Evangelios; he conocido la vida del Señor... pero sigo sin saber quién soy, de dónde vengo y a dónde voy.

—Todos somos, como bien sabéis, hijos de Dios, venimos de Él y a Él volvemos. ¿No estáis cómoda en nuestra vida, no os he enseñado bastante?

—La comodidad y la rutina a veces impiden encontrar la verdad, y lo que se sabe, lo que se ha aprendido, también es un obstáculo para conocerla, si se instala uno en ella; pues la verdad es algo movedizo y evolutivo, vos mismo me lo habéis inculcado. Y bien es así; pero todos venimos al mundo de un padre y una



madre. Tenemos abuelos, hermanos, tíos, primos, un linaje... y yo no sé cuál es el mío. No sé de qué familia provengo, aunque comprendo que es de alta estirpe, pues soy venturosa viviendo en esta casa y poseyendo siervos. Pero no sé quiénes son o fueron mis padres, ni qué piensan hacer de mi vida. Aunque sea mujer, tengo derecho a saberlo.

—No hablemos de derecho; pero, decidme, y vos, ¿qué desearíais hacer de vuestra vida?

—¿Yo? ¿Acaso me está permitido escoger? ¿No escogen los padres por los hijos? ¿No escogen aún más los padres por las hijas? Pero, ya que me preguntáis, os diré que me gustaría contribuir a que no hubiera nadie que no supiera contestar a las preguntas que me hago; enseñar a que cada cual sepa quién es y qué está haciendo en este mudo. A ello dedicaré mi esfuerzo, mi ánimo, mi voluntad, mi vida, si pudiera; aunque creo que va a ser un vano intento.

—Tal vez pudierais y podréis, yo así lo deseo y hago votos para que se cumpla vuestra voluntad.

Unos días después, un mensajero llega procedente de Reims portando una carta, en la que les comunica que deben partir para Aix-La Chapelle (Aquisgrán). Se trata de una hoja de pergamino enrollada y que lleva el sello real. En ella, además, se indica que los esclavos pueden escoger entre recobrar la libertad, quedarse al cuidado de la casa, o acompañar a la comitiva.

Aix es una antigua posesión de la familia de Carlos, donde se encuentra una casa solariega a la que están convirtiendo en palacio, y un oratorio o capilla. La palabra «capilla» proviene de *cappa*, en este caso una prenda o capa reliquia de San Martín, que se guardaba en el oratorio. Concretamente, al oratorio que guardaba la capa se le llamó *capella*, y de ahí se deriva también la palabra «capellán». A Aquisgrán se le llama Aix-la-Chapelle. Pero... sigamos.

—Viajaremos en barca —dice el preceptor—, por el río Mosela, hasta la confluencia con el Rin, en Coblenza. Después, subiremos por el curso de este río hasta llegar a Colonia, y el último tramo del trayecto hasta Aquisgrán lo haremos por tierra.

Pasados unos días, una embarcación les espera a orillas del río. Lleva la insignia de Carlomagno, la insignia real. Como siempre que un acontecimiento relacionado con la realeza se produce, la gente se acerca, se arremolina para ver, para escudriñar. La joven está pensativa, recogida. Atrás queda su infancia, su adolescencia, parte de su juventud. Atrás queda aquella ciudad entrañable y querida.

El recorrido por el río se realiza sin contratiempos. En Coblenza descansan durante la noche. Es primavera avanzada; pero, aunque los días son más largos y las noches han menguado, todavía hace frío, un frío que se desliza por entre las ropas... Unas pieles y sendas